



TU SANGRE
ES MÍA

RACHEL R.P.

La Gran Guerra marcó un antes y un después en la Historia de la humanidad.

Los seres sobrenaturales que antes se escondían se unieron para luchar contra los humanos.

La guerra no fue justa, los seres sobrenaturales ganaron sin apenas bajas y doblegaron a sus enemigos posicionándolos en la base de la cadena alimentaria.

Han pasado siglos de eso y hoy en día los perdedores conviven en ciudades cúpula dirigidas por vampiros, cambiantes y brujos o aislados en asentamientos humanos de los cuales nadie sale... hasta ahora.

Kiara es huérfana en un asentamiento humano lo que significa que es esclava de sus propios padres adoptivos y que jamás ha salido de su ciudad. Pero gracias a Joe, un anciano a quien considera familia, logra llegar a Ciudad V para hacer las pruebas de Riders y así pagar la deuda que como huérfana tiene.

Eirian es el mayor de los hermanos Banes, nunca muestra sus sentimientos y sabe controlarlos como nadie, pero le basta un solo encuentro con Kiara, mirarla a los ojos, oler su sangre, para que todo su mundo se desmorone.

Ahora necesita hacerla suya incluso si ella no quiere.

Un vampiro milenario, una humana inocente y muchos secretos que desvelar, aunque al final tan solo importa una cosa... tu sangre, es mía.

No envejecemos, nos hacemos un año más interesantes



Prólogo

Oigo el ruido de la moto llegar al desguace de Joe y entrecierro los ojos para poder verla aparecer tras la nube de polvo. En días así agradezco que Joe me deje estar por aquí en mis ratos libres, dice que soy demasiado

pequeña para ser su amiga, pero lo cierto es que él es mi único amigo y me adora.

–Quédate dentro, pequeña –me ordena Joe levantándose y poniéndose delante.

Su enorme trasero me tapa la vista, así que me hago a un lado para ver quién es el conductor de la moto que acaba de parar justo delante de él.

–¿En qué puedo ayudarte?

–Me han dicho que eres el único de la zona que puede tener una cadena para mi moto. La mía se ha destensado y ya no hay manera de que aguante mucho más.

El tipo baja de la moto y se quita el casco. Debe tener unos treinta años, lleva su pelo rubio recogido como en un moño en lo alto de su cabeza, parece un samurái de los que aparecen en los libros de Joe. Aunque ahora está despeinado y el pelo suelto le cae alrededor de sus ojos verdes. Me mira y me sonrío.

–Kiara, dentro –me ordena de nuevo Joe.

–*Porfa*, Joe, es lo único interesante que va a pasar este año en la ciudad.

Joe mira al tipo que no ha dado ni un paso desde que se ha bajado.

–No soy peligroso, solo quiero arreglar mi moto y continuar. Adoro mi trabajo y no quiero perderlo –dice extendiendo su mano hacia Joe.

Y entonces lo veo, un tatuaje en su muñeca como el mío. Llego hasta él y giro su mano para verlo.

–¿Eres un huérfano? –pregunto olvidando mis modales; mis ganas de saber la respuesta me superan.

–Lo era.

Sonrío hacia Joe, es el primer huérfano que veo que no trabaja como sirviente.

–¿Cómo lograste que tus dueños te dieran permiso para irte?

El tipo me sonrío y baja su cara a mi altura con el casco aún metido debajo de su brazo.

–No les pregunté.

Mis ojos se amplían ante su respuesta. ¿Cómo es posible? ¿Es un huérfano fugitivo? La deuda que contraemos con quienes nos crían es enorme y los sueldos que nos pagan ridículos. Nadie puede comprar su libertad antes de ser por lo menos tan viejo como Joe. Él tenía sesenta cuando logró pagar su deuda y de eso solo hace diez años.

–Si quieres quedarte siéntate ahí y no hables –me advierte Joe.

Él es muy protector conmigo. Siempre dice que soy una carga, él no se casó ni tuvo hijos porque no podía traerlos a un mundo libre, pero se comporta como un padre. Soy su pequeña y me ha prometido que me dejará el taller el día que ya no esté. Yo le he prometido que no le voy a dejar que haga eso porque no puede dejarme sola en este mundo. Tenemos un buen trato.

–Veamos qué le ocurre a la moto.

Me siento justo donde Joe me ha dicho y los veo trabajar. Van y vienen por el desguace hablando sobre la moto. Yo no tengo ni idea, pero siempre he querido montar en una y salir de esta ciudad corriendo. Aunque Joe jura que jamás se montará en mi moto de paquete así que esto es solo un sueño, nunca me iría de aquí sin él.

Pasan lo que parecen horas y finalmente la moto está arreglada. Hace más de una hora que debería haber vuelto a casa, todas mis tareas están hechas, pero por algún motivo la señora de la casa va a castigarme cuando me vea llegar tarde. Aunque merece la pena solo por este rato lejos de mi realidad.

–Muchas gracias por el arreglo, no hubiera podido llegar mucho más lejos –dice el tipo de la moto sonriendo, mientras paga con tanto dinero a Joe que no puedo evitar silbar.

–Kiara –me reprende Joe.

–¿Puedo? –pregunta el tipo señalándome.

Joe me mira y asiente. El hombre llega hasta mí y se agacha para estar a mi altura.

–¿Qué edad tienes?

–Once años.

–¿Sabes lo que soy?

Niego con la cabeza.

–Soy un Rider, me dedico a la mensajería por así decirlo. ¿Qué haces en casa de tus dueños?

–Atiendo la casa en general, cocino, lavo, hago recados...

–Sirvienta.

Asiento.

–Mi hermana también lo era hasta que murió.

Sus ojos se ven tristes.

–Lo siento.

–Me recuerda a ti. Tienes su sonrisa. Pero ella rara vez la sacaba a relucir, no tenía demasiados motivos para ser feliz.

–¿De qué murió? –pregunto sabiendo que no es apropiado. Pero siento que debo hacerlo.

–Nuestros dueños eran demasiado salvajes en sus castigos y ella estaba cansada de luchar por vivir. Simplemente se rindió.

–¿Por qué no te la llevaste?

–Yo era pequeño, pero le prometí que no acabaría mis días como esclavo.

–¿Cómo lo lograste?

–Me subí a mi moto, me puse mi casco y me fui a hacer las pruebas de Riders de la compañía de los hermanos Banes. Una vez dentro ya no tuve que volver a preocuparme de comer o de que mis dueños me reclamaran, pude pagar la deuda en apenas dos años.

Mis ojos se amplían tanto que creo que se me van a salir de las orbitas.

–Toma –dice quitándose una pulsera echa de cadena de moto–, ponte esto y recuerda que tú también puedes.

Encuentra algo que quieras hacer y lucha por salir de esto. Se puede.

Mira la pulsera una última vez y se levanta, se coloca el casco, sube a la moto y se va. Yo me quedo mirando el camino por el que ha desaparecido frotando la pulsera en mi muñeca, me queda grande pero aun así no me la quiero quitar.

—¿En qué piensas, Kiara? —pregunta Joe poniéndose a mi lado.

—En que de mayor quiero ser Rider.



Feliz cumpleaños

Coloco la pulsera debajo del jersey para que la señora no la vea. Odia que la lleve, pero a mí no me gusta quitármela. Dice que es una basura del vertedero de coches al que voy. Ella no sabe que me la dio un huérfano fugado hace ya diez años. Voy al cuarto de la plancha para

reanudar mis tareas cuando noto alguien detrás de mí. No me hace falta girarme para saber quién es. Sus tres litros de colonia de más lo traicionan.

–Kiara –me llama en un susurro que él cree que es sensual.

Lo miro por encima del hombro apartando mi pelo suelto negro y espero a que hable.

–¿Qué desea, señor? –digo finalmente al ver que no suelta palabra.

–El señor de la casa es mi padre, muñeca.

Ruedo los ojos porque no se puede ser más idiota. Sé que el señor de la casa es su padre, es el único decente en esta familia. Pero la señora me molería a palos si me oye llamarlo por su nombre como él quiere.

–¿Cuándo vas a decirme que sí? –pregunta enroscando un mechón de mi pelo en su dedo.

–Cuando la pregunta sea si me das asco.

Mi respuesta le gusta, cree que esto es un juego previo de conquista y que finalmente caeré en sus redes. Nada más lejos, prefiero seguir siendo virgen hasta la muerte antes de que este niño con pantalones de adulto me toque.

–Me encanta que te resistas, sigue así, mi padre no vivirá para siempre y yo tengo muchos planes para nosotros.

Sonríó tratando de salir de allí lo más rápido posible. Dexter trató de abusar de mí cuando apenas era una niña, pero su padre le prohibió tocarme. Juró que lo desheredaría y por algún extraño motivo su madre estuvo de acuerdo. Supongo que no quería que se mezclara con las de mi clase. Desde ese momento ha estado obsesionado conmigo, con tenerme. Me prometió que el día que faltara su padre lo celebraría conmigo en la cama y se ha encargado de ahuyentar a todos y cada uno de los chicos que han intentado acercarse a mí.

–¡Kiara! –la voz chillona de la señora se me clava en el alma.

–Tu madre me llama, perdona.

Desaparezco lo más rápido que puedo y me dirijo a la cocina donde la señora me espera.

–Ha llamado el viejo ese con el que andas holgazaneando.

–¿Joe? –pregunto extrañada.

–Sí, me ha dicho que debías ir, algo urgente. ¿Cómo se atreve a llamar a esta casa como si tú formarás parte de ella? –pregunta indignada—. Tengo invitadas a cenar, hubiera muerto de vergüenza si llegan a enterarse de quién había llamado.

–Debe ser algo importante, ¿puedo ir? –pregunto en un tono de súplica y algo intranquila.

Joe jamás me ha llamado a casa, ni siquiera cuando se cayó hace dos años y no se pudo levantar, esperó a que fuera a verlo por mi cuenta, por suerte para él solo tardé unas horas en aparecer.

–Por supuesto que no puedes ir.

Miro las ventanas y veo que es de noche. Joe nunca me diría que saliera de casa a esta hora, siempre me dice que tras ponerse el sol salen los verdaderos monstruos, y no se refería a los vampiros.

–Por favor –ruego y me pongo de rodillas frente a ella.

Me mira con actitud altiva, como si mi puesto fuera a sus pies.

–No.

–Dejaré que me pegue con la vara delante de sus amigas y su marido no se enterará.

Mis palabras captan su atención. El señor no deja que me pegue delante de otros. Solo en privado. No sé cuál es la diferencia para él, pero sé que ella desea mostrar su poder ante sus amistades y qué mejor que hacerlo vara en mano abriendo mi espalda. No es como si cupiese una cicatriz más.

–¿Prometes que él no se enterará?

–Lo prometo.

Piensa mis palabras por un momento y yo sigo de rodillas frente a ella.

–Veinte golpes.

–De acuerdo –consiento sabiendo que al quinto varazo ya no sentiré nada.

Salgo corriendo por la puerta de atrás y me dirijo sin detenerme hasta el desguace. Ese lugar ha sido mi hogar desde que tengo memoria. Joe me ha cuidado, me ha enseñado a leer, me ha leído cuentos y me ha ayudado a realizar mi sueño, nuestro sueño. Siempre que puedo me escabullo para verlo. Paso la verja y corro entre los coches a medio montar, las farolas están encendidas, aunque solo la mitad de ellas funciona. Llego a la caseta donde vive y entro sin llamar, lo encuentro en el sofá sentado y suelto el aire que no sabía que había retenido.

Me mira y sonrío, pero su sonrisa no llega a sus ojos, algo está mal.

–¿Qué ocurre, Joe?

Palmea el asiento a su lado y llego hasta él. Me siento de lado para tenerlo en frente. Ya ha cumplido los ochenta y este último año ha estado enfermo, ha dejado de ser el hombre fuerte que conocí, pero lo quiero aún más porque no se ha rendido.

–Mi pequeña Kiara, ya tienes veintiún años, me parece mentira que seas tan mayor.

–Aún faltan dos días para eso.

–Lo sé, pero no creo que vaya a estar aquí para verlo.

Sus palabras me desconciertan.

–Te mentí acerca de mi enfermedad –dice inhalando de la máscara de oxígeno que tiene junto al sofá–, no es algo pasajero. Me muero.

Me quedo callada, en *shock*, no puede ser, no es real. Empiezo a llorar porque no puedo hablar.

–No llores pequeña, es ley de vida.

–Pero no te puedes morir, no me puedes dejar sola – me quejo.

Sé que sueno egoísta, pero no imagino un mundo sin él, al menos no uno feliz.

–Es lo que más lamento, que no me ha dado tiempo a dejarte con alguien de confianza para que cuide de ti, por eso te compré esto.

Saca un sobre de debajo de su manta y me lo da.

–Feliz cumpleaños.

–¿Qué es?

Sonríe y mueve la cabeza.

–Siempre tan impaciente y curiosa, no cambies. Ábrelo y míralo tú misma.

Abro el sobre y saco algo que no puede ser real. Esa tarjeta dorada con mi nombre no puede ser real.

–¿Cómo lo has conseguido?

–He vendido el desguace.

Alzo la vista atónita.

–¿Qué?

–Sé que te prometí que un día sería tuyo, pero si te lo doy jamás saldrás de aquí y eso no puedo permitirlo. Tú no perteneces a este lugar.

Comienzo a llorar con más fuerza porque si ha vendido el desguace entonces es que todo esto es real, él se muere.

–No puedes morirte –niego mirándolo—. Por favor.

Mis lágrimas apenas me dejan ver su cara y él me atrae hacia su pecho hasta que me quedo apoyada contra él.

–Kiara, pequeña, me has hecho el mayor regalo de mi vida. Me dejaste ser tu padre y juntos hemos sido la familia que jamás pensé tener. Ahora es el momento de que busques tu camino.

Me abraza fuerte y siento cómo sus lágrimas caen sobre mi cuello.

–Vas a coger tu regalo y te vas a ir de aquí esta misma noche. Tu moto está lista, he cargado una pequeña bolsa

con algo de comida y ropa.

–No voy a dejarte morir solo, si es verdad que vas a irte, lo harás conmigo a tu lado.

Acaricia mi pelo y tose varias veces. Me levanto para verle la cara y no puedo dejar de llorar. Pongo mi mano en su mejilla y él la atrapa.

–No te mueras por favor –le suplico.

Sé que es una petición estúpida, pero necesito hacerla.

–Pequeña, no quiero que llores más por mí. Es el momento de que empieces una nueva vida lejos de esta panda de retrógrados puritanos. Ve a la gran ciudad y demuéstrales que puedes ser quien tú quieras.

–¿Y si no puedo?, ¿y si fallo? No sé nada sobre vivir fuera de aquí. Jamás he visto un vampiro fuera de los libros. ¿Y si hago algo que los cabrea? Sabes que se me da fatal mantener mi boca cerrada –me sonrío–. Tengo miedo.

–No lo tengas porque eres perfecta. Si hubiera tenido una hija hubiese querido que fuese exactamente como eres tú.

Tose nuevamente y veo que tiene mala cara. Lo abrazo fuerte poniendo mi cara en su pecho y él me abraza con la misma intensidad. No sé el rato que nos mantenemos así, pero me doy cuenta de que comienzo a no oír su corazón.

–¿Papá? –pregunto entre lágrimas.

–Pequeña, recuerda que te quiero y que puedes hacer lo que te propongas. No le tengas miedo a lo desconocido, te has enfrentado a los monstruos y has sobrevivido.

Y dicho esto su mano cae de mi espalda y su corazón se detiene. No levanto la cabeza de su pecho porque cuando lo haga tendré que asumir que Joe se ha ido para siempre y aún no estoy preparada. Llora sobre él lo que me parece una eternidad hasta que ya no puedo llorar más y me levanto. Le doy un beso en la frente y susurro en su oído por si puede oírme desde donde esté:

–Te quiero, papá.

Voy hacia el taller donde está la moto, no es nada del otro mundo, ha sido creada con piezas de motocicletas que han ido cayendo en el desguace. Sobre el sillín hay una mochila de tela vieja. Miro fuera y veo que ya la noche está muy cerrada, es tarde. Sorbo mi nariz mientras saco la moto de allí sin arrancarla, por la puerta trasera para que nadie me vea, la aparco fuera y vuelvo a entrar.

No puedo dejarlo allí.

Cuando encuentren su cuerpo lo tirarán a la fosa común. Nadie irá a su entierro. Pienso en enterrarlo yo misma, pero tardaría horas y para cuando acabara seguramente mi dueña estaría aquí gritando por mí. Así que decido hacer algo que jamás pensé que haría: voy a quemar el único lugar al que he llamado hogar, con el único hombre que he amado en mi vida dentro.

Roció el desguace con productos inflamables. No me dejo ni un solo rincón, cuando esto empiece se va a propagar a una velocidad vertiginosa. Miro por última vez el lugar donde tantas horas felices he pasado y finalmente regreso junto a Joe. Parece dormido, su semblante es tranquilo. *¿Cómo sabía que iba a morir esta noche?* Es algo que no puedo explicarme, supongo que cuando uno va a morir simplemente lo sabe. Le doy un beso en la frente y pongo la manta sobre su cuerpo, como si quisiera evitar que tuviese frío.

—Te vas a ir a lo grande, papá, y yo te prometo que te voy a hacer sentir orgulloso.

Dejo que unas últimas lágrimas caigan y cuando las limpio con mi mano me giro, cierro y me voy. Apoyo mi cuerpo en la puerta, cierro los ojos y tomo una larga respiración. Luego voy directa a la parte donde tiene las botellas de cerveza y abro cinco, tiro su contenido sobre el suelo y las lleno con queroseno. Meto un trapo a modo de mecha y cuando tengo las cinco preparadas, saco un mechero del bolsillo. Enciendo una y la lanzo a la zona de los coches, la segunda en la de piezas de interior, la tercera